

La atopía del lugar de La Mancha: Identidad, intencionalidad y reconocimiento

Atopia “del lugar de La Mancha”: Identity, intent and recognition

73

Lola Esteva de Llobet*
IES Santamarca de Madrid - ISM

RESUMEN: La reflexión sobre las teorías suscitadas por la expresión que inicia el Quijote “en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme” está basada en dos cuestiones fundamentales. La primera tiene que ver con el sentido, la intención de Cervantes y la tradición caballeresca del tema que sometemos a consideración. Esta cuestión se abordará desde una doble perspectiva literaria y filosófica, en tanto que vamos a tratar conceptos tales como identidad y reconocimiento heroico en la línea de la tradición caballeresca y de los libros de caballería. La segunda está relacionada con las intencionalidades epistemológicas que se ponen en juego en el texto cervantino: ¿qué me dice el texto? y ¿qué digo yo o qué dicen los otros del texto?

PALABRAS CLAVE: Un lugar de la Mancha. Atopía-utopía. Teorías. Trayectos.

ABSTRACT: A reflection on the theories set out by the expression that starts the Quixote “en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme”, is based on two fundamental questions. The first has to do with the meaning, the intention of Cervantes and the chivalric

* Doutora em Filologia Hispânica pela Universidad de Barcelona - UB.

tradition of the theme I bring out for consideration. This subject will be addressed from a double literary and philosophical perspective, as I will go through concepts such identity and heroic recognition, in line with the chivalric tradition and books of chivalry. The second relates to the epistemological intentions that come into play in the Cervantes text: ¿What is the text telling me? ¿What do I say or what others say about the text? Based on the analysis of the reviews and bibliography of "del lugar", I provide my own considerations on the subject.

KEYWORDS: "Un lugar de la Mancha". Atopia-utopia. Theories. Journeys.

La lectura, lejos de ser una interpretación negligente, es, sobre todo, la de la seducción llevada por el autor bajo la forma de un narrador más o menos fiable [...] y la estrategia de sospecha dirigida por el lector vigilante, el cual no ignora que es él el que lleva el texto a la significación gracias a las lagunas calculadas o no.

Paul Ricoeur

Cuando Cervantes publica las aventuras del hidalgo manchego transformado en caballero andante, señala con cierto aire de jocosidad, no carente de sarcasmo, que el lugar de partida y de regreso es un lugar anodino de La Mancha, sin identificación por voluntad explícita del narrador. Podría ser cualquier pueblo del Común de la Mancha de antaño que el autor tan bien conocía. Y es en este marco donde se sitúan las primeras inquietudes suscitadas por el propio relato.

Todo lector implicado, aún aceptando el pacto narrativo de Cervantes sobre la atopía del lugar, es susceptible de hacer, pues, sus propias elucubraciones topográficas, más allá de las meras convenciones literarias de apertura y cierre de la obra (I, I) y (74, II).

Asistimos, pues, al momento en que Alonso Quijano entra en la edad crítica de sus cincuenta años, etapa llamada de madurez, en la que llega la vejez y

se produce el deterioro y cuyo panorama vital es poco estimulante. La vida ociosa de hidalgo rural no le ofrece más que mediocridad y aburrimiento, lo que le produce melancolía, y, entonces, para matar las horas de tedio, se enfrasca en la lectura. En la última etapa de su vida, cuando “las horas vulneran al hombre y la última mata” - como indicaba la inscripción de un viejo reloj de una iglesia rural -, en esa edad en que el hombre empieza ya a hacerse “invulnerable” (JULIÁN MARÍAS, 1996) y pierde su capacidad proyectiva, Alonso Quijano, a causa “del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio” (1,1), contrariamente a lo habitual, se hace “vulnerable” y proyectivo.

En este estado de agitación consigue hacer una ágil pirueta física y mental que le lleva retrospectivamente a la etapa de una nueva juventud soñada, la que no pudo tener en su pasado remoto. Y es así como el viejo hidalgo entra en un estado de delirio retro-proyectivo muy a contracorriente de su edad, época y contexto social, lo que comportará una gran transformación personal, llamada por el narrador y hecha entender al lector como locura.

Alonso Quijano se resiste, pues, a entrar en la edad de hierro de su contexto histórico real, que no comprende ni comparte, exponiéndose a una nueva situación mediante la cual buscará en lo más oculto de sus irracionales fantasías lo que el sentido común no alcanzó a proporcionarle. De esta suerte, él mismo improvisará el itinerario de su nueva vida a partir de los referentes ético-estéticos que la antigua caballería andante le ofrecía en sus modelos librescos.

Pues bien, al abrir paso a este tiempo del saber y de la verdad del viejo hidalgo manchego, transfigurado en anacrónico caballero andante que, por supuesto, es prefigura del propio Cervantes, hay que tener bien presente que la relación entre creador y criatura se esgrime en los sólidos engranajes de una experiencia vivida como propia.

La vida social gris, rutinaria y anodina de ese pueblo manchego sin nombre y la gran y única afición por los libros de caballería serán el motivo de la transformación del hidalgo en mito y, asimismo, una vida rutinaria y pueblerina, sin estímulos ni compensaciones, elevada a literatura.

El triunfo de la novela de caballerías como género literario estriba en el descubrimiento de las profundas “sugestiones masculinas”. Entendida “como principio de acción social” (RUIZ-DOMÉNEC, 1986, p. 85-100), la novela medieval permite ahondar en las regresiones de caballeros que estuvieron sujetos a fuertes presiones entre el medio social y los valores feudales correspondientes a su época (*La Elucidation*: RUIZ DOMÉNEC, 1986, p. 93). Sólo un género como la novela (*roman cortois*) calaría muy hondo en las fantasías feudales masculinas y actuaría como espejo del hombre enfrentado a temas tan perturbadores como el amor, la libertad, la reflexión sobre el significado de la existencia, el deseo de justicia social y política, la búsqueda de la verdad y el conocimiento de sí mismo.

Ante el misterio de la mujer, muchos caballeros como Tristán, Lancelot, Erec y Amadís cayeron en profundas crisis y el bosque fue el escenario por excelencia donde tendría lugar la *quête*, es decir la búsqueda. Subido a una carreta, Lancelot recorrerá un largo camino que le conducirá a la reina Ginebra. Tristán e Isolda huirán del rey Marc de Cornualles y se refugiarán en el bosque donde culminará su pasión amorosa. En una *chante-fable* del siglo XIII, *Aucassin y Nicolette*, los amantes huirán de sus padres para amarse libremente en la cabaña del bosque. También Perceval y Gauvain recorrerán largos espacios a través de los bosques de la Landa para seguir los enigmas del *graal* y de la espada. Todos ellos huyen de sus contextos motivados por grandes y misteriosos afanes.

La regresión a un estadio de vida anterior a través de lo maravilloso sitúa al héroe frente a una crisis de conciencia surgida por causa de los valores dominantes en su círculo social y político. La forma de llevar a término la regresión suele plantearse de tres maneras, según dice Ruiz-Doménec (1986, p. 92-93):

- a) la regresión cronológica
- b) la regresión tópica
- c) la regresión funcional

La primera regresión es una forma de suspender la historia para dar paso al mito. La segunda consiste en crear un nuevo espacio, un nuevo lugar maravilloso por donde el héroe actuará errante a merced de la maravilla y el encantamiento. En la tercera regresión interviene la actuación de mujeres o seres fantásticos (gigantes, enanos, serpientes y dragones) que ayudan al héroe en sus momentos difíciles. En consecuencia, la función de la caballería culmina cuando los caballeros andan errantes por bosques y landas en busca de aventuras y es ahí donde descubren el fondo de sí mismos tomando el pulso a la sociedad que les rodea.

Nietzsche, en *Así habló Zaratustra*, analiza ese fenómeno, considerando que “la salida del hombre del espacio y el tiempo es el gran anhelo” (RUIZ DOMÉNEC, 1986, p. 37), la gran fuerza que le impele a abrirse las puertas del mundo y que le eleva a condición de mito. Por otra parte, Ian Watt (1996, p. 68) estudia las figuras de Fausto, don Juan, don Quijote y Robinson Crusoe como los “mitos del individualismo moderno”, subraya que el individualismo singular y el desafío transgresor, común a tales protagonistas, puede abocarlos a un rotundo fracaso o a un “castigo significativo y ejemplar”.

Alonso Quijano, el melancólico hidalgo manchego, entusiasmado por sus lecturas caballerescas, y enardecido por las grandes sugerencias masculinas de

sus modelos, inhibidas hasta el punto de sus cincuenta años, se erige en los desolados campos de la Mancha como el mito de los valores legítimos, transformándose de hidalgo en caballero. A pesar de que su individualismo conlleva también graves conflictos con el medio, don Quijote se alza como el héroe de la modernidad, porque en ese nuevo proyecto es donde se erige prefigurada la existencia humana y los valores del hombre moderno, el que se hace a sí mismo, el que duda, se muta y se transmuta, busca la verdad en la razón de la sinrazón y, finalmente, se mide por sus obras.

Así, pues, ser caballero es la máxima sugestión de Alonso Quijano. En estado de delirio suspende su historia anterior, la de un hidalgo manchego renacentista, para dar paso al mito. Hace, pues, su primera regresión, una gran pirueta cronológica, volviendo al mundo medieval de la caballería andante. Muy a contracorriente de su edad y contexto histórico y social, emprende una búsqueda ineficaz creando espacios maravillosos, fruto de su imaginativa desbaratada, a partir de una topografía real - aunque poco matizada - que le ofrecían los pueblos del Común de la Mancha. Empapado de un idealismo ficticio, abstracto y filantrópico, cree poder hacer posible lo imposible: restablecer la justicia y la verdad en un mundo social y político donde la ley y el respeto han sucumbido en manos de corruptos y prevaricadores. Por ese motivo justifica el narrador que:

[...] No quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento (I, 2).

Su pirueta consiste en determinarse a vivir literariamente y, a través de la ficción, experimentar la libertad, de la misma manera que la sintieron los héroes de sus lecturas. En ese tiempo utópico-regresivo, fuera del espacio y del tiempo cronológico, se lanza a un nuevo mundo creado por él, huyendo de ese lugar de la Mancha, de cuyo nombre “no quiere acordarse” (I, 1). Y en ese

su nuevo afán, lo único que le interesa es la aventura de lo desconocido, por lo que la vaguedad y la errancia serán motivos obligados en el rigor caballeresco.

Así, pues, transformado en ente de ficción y rebautizado, “como buen caballero”, no con el nombre “a secas” “sino con el de su reino y patria, don Quijote de la Mancha” (I, 1), tan pomposo y altisonante como el de sus héroes preferidos de los libros del género, al uso y moda del momento - Amadís de Gaula, Belianís de Grecia, Lisuarte de Grecia, Palmerín de Inglaterra, Palmerín de Oliva, Felixmarte de Hircania, Cirongilio de Tracia, Olivante de Laura -, inaugura su *quête* al despuntar el alba de un caluroso día del mes de julio, saliendo a pies juntillas por la puerta trasera de su hacienda y de su pueblo (I, 2). Y tan ilusionado como está, emprende el camino de la aventura tarareando en un lenguaje arcaico y sofisticado las conocidas parrafadas del Belianís de Grecia, “por el antiguo y conocido campo de Montiel” (I, 2) (el antiguo Campo de Montiel que tan bien conoció Cervantes, no el nuevo trazado que hizo el cartógrafo de Felipe II entre 1573 -1575):

[...] Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos... (II, 43).

Pues bien, al hilo del concepto atópico del lugar y de las palabras “En un lugar de la Mancha”, Martín de Riquer (2003, p. 119) nos advierte de que el romance en verso octosilábico *El amante apaleado*, una *Ensaladilla anónima*, publicada en las *Flores del Parnaso* de Luis Medina (Toledo, 1596) y en el *Romacero general*, comienza con estas palabras. Asimismo, la fórmula *de cuyo nombre no quiero acordarme* es igualmente propia del comienzo de algún cuento popular, así como uno de los apólogos del *Conde Lucanor* que Don Juan Manuel inicia de esta manera: “En una tierra de que non me acuerdo el

nombre había un rey...”, teniendo en cuenta que el verbo “querer” cumple un mero valor auxiliar que significa simplemente “no me acuerdo”, sin más.

Y la misma vaguedad la hallamos en el nombre del protagonista que:

[...] Según fuentes imprecisas, tenía el nombre de Quijada o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben aunque por conjeturas verosímiles se deje entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento... (I, 1).

Por la misma razón, el prudente y jocosos Cide Hamete Benengeli tampoco quiso revelar el nombre del lugar:

[...] por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero” (II, LXXXIV).

Atopía es un término que se usa generalmente en medicina y en filosofía y significa “sin lugar” o “fuera de lugar” y se refiere a algo muy original e imposible de clasificar. Desde el punto de vista filosófico, es una categoría para la otredad, la diferencia, la expulsión, al igual que una referencia a lo inefable, lo prístino o lo absoluto. Lo atópico está y no está aquí. Es una posición que niega la ubicación de una experiencia social y cultural “original”, pero que al mismo tiempo se mantiene en la imprecisión de la vaguedad y la confusión, o en la distancia.

Y, en efecto, Cervantes hace un guiño al lector y le mantiene a raya y a distancia del lugar, invitándole al juego de la ubicuidad del lugar. Su deseo es que el lector le siga el rollo a modo de acertijo o desafío, como dice el profesor Parra Luna (2005), pero re-codificando topografías e iconografías

ancestrales de los pueblos del Común de La Mancha o del Campo de Montiel que probablemente Cervantes tan bien llegó a conocer.

Pero volvamos a la regresión tópica para observar con detenimiento la construcción de los escenarios del nomadismo errante del andante caballero. Cervantes ha impuesto a su excéntrica criatura la misión paródica de rescatar la “edad dorada” desafiando las normas de una sociedad en época de transición a la modernidad:

[...] Has de saber -le dice don Quijote a Sancho- que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la del oro, o la dorada, como suele llamarse (I, 20).

En su voluntad de ser algo nuevo y desde la añoranza de valores feudales desprestigiados, Alonso Quijano huye de su rancio orden de hidalgo rural, cuyo sistema ya no le integra, tomando el rumbo de la errancia caballeresca hacia una aventura regresiva, reformista y utópica cuyo objetivo es rescatar la edad de oro (Apéndice, Figura 1).

Hemos dicho que la segunda regresión es tópica. Una vez transformado en mito, don Quijote ya no puede encontrar en el Común de la Mancha real, en esa “edad de hierro” de su presente, el centro de su felicidad y tiene que reinventarse y re-colocarse en una Mancha ideal que reconstruye en su tercera regresión a la medida de sus fantasías, con castillos, encantadores y nigromantes, gigantes y ejércitos, bálsamos y yelmos maravillosos; un mundo nuevo, propio y singular, capaz de sostener su nueva razón de ser, y suficiente estimulante, también, para Sancho, su escudero, acompañante y futuro gobernador de la ínsula prometida.

Sin embargo, al igual que en Tirant lo Blanc, su espíritu inquieto vislumbra nuevos horizontes que irán perfilándose desde el centro hacia la periferia y

que, asimismo, comporta un proceso cognitivo y descentralizador que se inicia en el corazón de la Mancha, se consolida en Aragón y culmina en Cataluña, a lo largo de hirsutas y secas estepas, áridos caminos, bosques y dehesas, molinos, lagunas y ríos. Pero será en Barcelona, “archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y belleza única” (II, 72), y frente al mar, en el *portus* de refugio real y definitivo donde don Quijote culminará su trayecto, vislumbrando la hora de la verdad y el sentido de la eternidad. Lo vivido en la civilización mediterránea será, pues, el colofón y cierre de la utopía caballeresca del héroe manchego.

En ese momento inverosímil de devaluación de la verdad histórica, el mito emerge como instrumento reparador y catalizador de una nueva visión del mundo. Don Quijote será un personaje de excepción, elegido y destinado para “grandes hazañas”, pues, como le dice Montesinos en la cueva:

[...] para los grandes hombres están guardadas, “hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo” (II, 23).

Aquí se producirá el primer contacto con el mundo real y el primer tanteo de aproximación a sí mismo como individuo, el que es y el que aún puede llegar a ser: “Yo sé quién soy y quien puedo ser”. Con razón Buñuel decía que “la realidad sin imaginación es la mitad de la realidad”.

En su descenso por la angosta cueva y a través de la oscuridad de la sima verá su proyecto derrumbado: la caballería muerta y enterrada, Dulcinea encantada en vulgar campesina del lugar y, más aún, el anticipo de la muerte de don Quijote como ente de ficción. Y a partir de este episodio clave para el sentido de la obra, mediante el resplandor de luz del alcázar de Montesinos

vislumbrando entre las sombras de su agitado subconsciente, comenzará a emerger la verdad del mundo, de su vida y de sí mismo, hasta la revelación final y total en Barcelona.

Y será ahí, en la playa de Barcino, en la ciudad de la alegría y la verdad, donde don Quijote deberá admitir paradójicamente que otra caricatura de sí mismo, otro farsante que le sigue el juego caballeresco, será el artífice de la abdicación de su verdad. Y entonces, el alegre diálogo entre la ciudad y el mar se quiebra. Con la aparición de este aguafiestas desafiante y misterioso, con emblemas de muerte, que se presenta anónimamente como el Caballero de la Blanca Luna, se rompe también el ambiente festivo de los barceloneses para albergar en su playa un espectáculo de muerte y de venganza.

Punto y final a la crisis del andante caballero, generada en Montesinos y consolidada en Aragón, y punto terminal de un trayecto delirante en el que *eros* y *zanatos* le han brindado el mal sabor de la verdad. Y qué desencanto cuando debe admitir que “lo que le sucedió en Barcelona no es de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre” (II, 72), aunque “sólo por haberla visto” (II, 72) le valió la pena. Mas qué nobleza, qué bello triunfo el de don Quijote que, en llegando a la infinitud del mar, llega al fondo de sí mismo, dejando atrás, en la Mancha sus delirios caballerescos y en Aragón el ancestral abismo de la mentira.

Según Lukács y de acuerdo con Levi Strauss, la estética clásica constituía la imagen de un mundo ordenado y armonioso, generador de una ética. El mundo moderno, en cambio, presenta un espacio caótico y desordenado en el horizonte del hombre moderno que aspira a reconstruirse teniendo en cuenta la memoria del orden anterior. El universo moderno se nos presenta como una realidad fragmentada y múltiple en donde el hombre se encuentra perdido y desorientado, agitado por numerosas contradicciones de orden moral, político y social. De ahí que el concepto de novela moderna surja,

pues, de la contradicción entre totalidad e historicidad. La historia y sus acontecimientos hacen que el orden del universo se aleje cada vez más de aquel orden mítico del mundo clásico y la novela se hace portadora de la impotencia entre armonía y unidad. El hombre camina ciego en busca de raíces en una sociedad que le es adversa y que frustra sus ideales. En este sentido el personaje lucha a contracorriente para intentar re-encontrarse en medio del caos. De ahí el sentido mítico de la prefigura cervantina, Don Quijote de La Mancha, vista como contrafigura del hidalgo manchego.

Así, pues, don Quijote supone la encarnación de un nuevo mito y como a tal se apoya en constructos del imaginario medieval caballeresco cuyos parámetros ético-estéticos subyacen en el subconsciente colectivo de la novela de caballerías. Sólo en el ejercicio de las armas y en el amor (aspectos de una nueva juventud) puede encontrar la única forma de enaltecimiento de su dignidad y la única vía moral posible de emprender la reforma, utópica del todo en su tiempo y contexto. Es por eso que de forma excepcional, ilusionado, obsesionado, solo con su caballo y nómada por campos y caminos, don Quijote sale de su anodino lugar y camina, adentrándose en el antiguo Campo de Montiel, concentrado en las mayores e imposibles sugerencias que un hidalgo de su época y contexto ya no podía tener: ser caballero, estar enamorado, andar conquistando mundo, presentárselo a su dama y, finalmente, restablecer el orden perdido.

Hasta aquí el mito, la primera premisa. Vayamos a la segunda premisa: La atopia del lugar y lo que nos dice el texto, lo que leemos y lo que interpretamos.

De todos es sabido que no hubo género tan popularmente difundido por la industria editorial como el de los libros de caballería. Su popularidad y difusión no puede ponerse en duda. Los leía Carlos V, a cuya petición se escribió el *Belianís de Grecia*, los leyó San Ignacio de Loyola y Teresa de

Jesús. Alimentaba mentes aventureras de cortesanos, caballeros, soldados, viajeros y conquistadores y nutría la fantasía del indio sometido. Estos libros constituyeron “el primer género literario castellano” y con ellos nació la novela en Castilla (RIQUER, p. 1989).

El libro impreso, bien es cierto, resulta caro y difícil de adquirir, pero la cultura del libro alcanza a más lectores de los que creemos, incluso a los que quedan al margen de la escritura, porque su cultura es fundamentalmente oral. El libro como factoría de la ilusión se convirtió, pues, en un fenómeno revelador de la vida, tanto al alcance de una minoría alfabetizada como de una mayoría analfabeta que lo escuchaba leer.

Así, pues, el triunfo de lo literario aparece cuando hay lectores y oyentes, cuando la recepción es total y completa. En este sentido, el *Quijote* juega un papel documental para una teoría de la recepción del libro en el siglo XVI. La novela cumplía expectativas ilusionistas contra el absurdo de la vida cotidiana de los hombres de campo, de mujeres casadas y doncellas. Era el lugar común que nutría el subconsciente colectivo, un mundo extraordinario de juego y aventura, lances de amor y guerra, donde sumergirse y confundirse. Y de ello nos dan buena cuenta el ventero y la ventera, su hija y Maritornes:

[...] y como el cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero: - No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que a lo que yo entiendo, no hay mejor letrado en el mundo, y que tengo yo ahí dos o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos. Porque cuando es el tiempo de la siega, se recogen aquí, las fiestas, muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas; a lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndoles noches y días.
- Y yo ni más ni menos - dijo la ventera - porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer, que

estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces (I, 32).

Como afirmaba Maritornes, la lectura de esos libros era “cosa de mieles” porque alimentaba las sugerencias del subconsciente masculino y femenino. La afición por la lectura del libro de caballerías suscitó tantos adictos, lectores habituales y minuciosos, que unos se enfrascaron en la continuación de segundas partes, otros anotaron minuciosamente en los márgenes de los libros más famosos sus opiniones, otros también muy implicados establecieron anotaciones y rivalidades entre héroes famosos como Amadís y su hijo Esplandián comparando su nobleza y valentía (LUCÍA MEJÍAS, 1995, p. 18).

El lector del siglo XVI encuentra, pues, en estos libros, al margen de los comentarios de teólogos, humanistas y moralistas, el elogio de un ideal y de un mundo que aparece en todo su esplendor y que contrasta con la decadencia real de su época. Pero, finalmente estos libros, por el impacto del *Quijote*, del “verdadero” don Quijote, el de la Fama, no el falso y mentiroso Avellaneda, “van tropezando y han de caer del todo, sin duda alguna” (II, 74).

La lectura del *Quijote* suplantó a los libros de caballerías porque ofrecía al lector de no sólo motivos de gozo e ilusión, consuelo y distracción, sino también de reflexión y conocimiento. Y también por eso somos cómplices hoy, aquí y ahora, en pleno siglo XXI, de que su lectura nos atrapa y enloquece, porque, obviamente, el *Quijote* sigue dando guerra a nuestros lectores contemporáneos para que estudien, disputen y rivalicen -tal y como suscitó el autor- sobre ese lugar de cuyo nombre ni él mismo quiso acordarse.

A pesar de que resulta muy difícil trazar una ruta a partir del texto, ha habido comentaristas que se han aventurado a hacer concreciones sobre mapa trazando hipotéticas rutas para los trayectos quijotescos.

A finales del siglo XVIII surgen las primeras rutas contenidas en dos mapas:

- el trazado del cartógrafo Tomás López, según las observaciones de José de Herosilla, publicado por la Real Academia Española en 1780 (Apéndice, Figura 2).
- el dibujado por Manuel Antonio Rodríguez, según los estudios históricos de Juan Antonio Pellicer, impreso en Madrid por Gabriel Sancha (1797).

Tal y como describe Vicente de los Ríos en su “Plan Cronológico del Quijote” (Real Academia, 1780), don Quijote sale el 28 de julio de 1604 por el Campo de Montiel en dirección a Manzanares llegando a la venta donde es armado caballero. El ilustre comentarista opina que la aldea de donde parte don Quijote es Argamasilla de Alba, típico pueblo manchego de gran apogeo en los siglo XVI y XVII, en donde se cree que Cervantes empezó a escribir el Quijote, estando preso en la cueva-cárcel rural del alcalde Medrano “en la que toda incomodidad tiene su asiento” y no en la cárcel Real de Sevilla como se venía diciendo.

Según este trazado, el itinerario de la primera salida sería muy corto. En la segunda don Quijote se dirige a Puerto Lápice, pasando por Campo de Criptana, para tomar el camino de Córdoba que le llevará a Sierra Morena. En la tercera salida marcha hacia El Toboso y, dando una gran vuelta, se acerca a las lagunas de Ruidera para llegar a la cueva de Montesinos. Después de la gran aventura se dirige hacia el nor-este llegando al Ebro y yendo unas leguas por debajo de Zaragoza, pasa por Fraga, Igualada, San Sadurní, Montserrat y llega a Barcelona la noche de San Juan.

El itinerario de Pellicer es parecido, aunque en este trazado don Quijote atraviesa el Ebro pasando por Cariñena y se sitúa el Palacio de los Duques en Pedrosa, llegando a Barcelona por Solsona.

Existe también la ruta de Esquivias cuyas investigaciones, dirigidas por Victor Manuel García, en 1867, estriban en la consideración de que Esquivias es el lugar de partida y final de las tres salidas, porque es el pueblo donde vivió Cervantes. Cree, además, que fue en Puerto Lápice la contienda con el vizcaíno y sitúa la primera venta en el camino Real de Toledo a Córdoba y, de igual modo, el Palacio Ducal en Pedrosa del Ebro.

Y hoy en día siguen proliferando las teorías al respecto: Villanueva de los Infantes parece tener la razón científica por la matemática de las distancias, Mota del Cuervo, por el contrario, alegaba proximidades, Alcázar de San Juan motivos geográficos y biográficos, y Quero se adjudicaba con toda certeza la memoria del lugar. Y todas estas teorías están cargadas de razones y sinrazones, pero también de muchas contradicciones.

En nuestro parecer no entraría en los planes de Cervantes trazar un itinerario concreto y real de las rutas efectuadas por don Quijote desde el centro de La Mancha hasta la periferia mediterránea pues estaba parodiando las novelas de caballería el destino de cuyos caballeros era la enracia. Ni tampoco que tuviera en mente un lugar concreto como cuna y patrimonio de Alonso Quijano, el hidalgo que enloqueció por un hartazgo de lectura. Sin embargo, Fco. Javier Escudero e Isabel Sánchez Duque (2014) sostienen una bien documentada teoría por la que “el inmortal Don Quijote fue una persona real” y que los hechos tuvieron lugar en El Toboso y Miguel Esteban, cuando los hidalgos Pedro de Villaseñor, amigo de Cervantes, y Francisco de Acuña se intentaron matar a lanzadas por el camino que comunica ambos pueblos. En este caso, la obra podría estar motivada y basada en un hecho real y sería una parodia contra gentes desfasadas que se vestían de caballeros

medievales en pleno siglo XVII, con cascos, lanzas, dagas y corazas desafiando a sus enemigos por caminos y cañadas de pueblos vecinos y cercanos como Miguel Esteban, El Toboso, El Quintanar, la Mota del Cuervo, Socuéllamos, Pedro Muñoz, El Tomelloso, pueblos que ya en 1353 pertenecían a la agrupación ganadera del Común de La Mancha y al antiguo Campo de Montiel, antes de la modificación que hizo el cartógrafo de Felipe II entre 1573-1575.

Por otra parte, s bien sabido que la Orden de Santiago englobaba, en 1353, a varias entidades geográficas denominadas “comunes”, asociaciones de pueblos de una misma jurisdicción, con los mismos fines ganaderos fiscales, que poseían pastos, encomiendas y portazgos, molinos y dehesas: El Común de la Mancha, el Común de Campo de Montiel y el Común de Uclés.

La hipótesis de Sánchez Duque y Escudero Buendía parte de un documento del Archivo Histórico Nacional (1581) y avala la idea de que Cervantes supo de estos hechos reales a través de los Villaseñor, hidalgos de El Quintanar, Pedro, Diego y Juan, a quienes se cita en el *Persiles y Segismunda*, dándose testimonio de que Juan huyó de Quintanar por las muchas pependencias que tuvo con su enemigo Francisco de Acuña.

Ambos autores creen que la venta más cercana que había por estos andurriales, en el camino que iba de Toledo a Murcia - la ruta de la seda- era Manjavacas, cerca de la Mota del Cuervo, donde, según ellos, veló las armas don Quijote el día que fue nombrado caballero andante y en donde se encontró con “un tropel de gente que, como despues se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia (I, IV). Ésta es una teoría avalada, asimismo, por José Manuel González Mujeriego (2014) quien centra su tesis en que el Campo de Montiel, en época de Cervantes, abarcaba, en su parte norte, pueblos como Campo de Criptana, Quintanar de la Orden, El Toboso, Santa María de los Llanos, Socuéllamos etc. no figurando

en el mapa de Tomás López (1765) la Mota del Cuervo, que por aquel entonces ya no pertenecía al Campo de Montiel, según indica el mapa de las nuevas particiones hechas por Felipe II, en 1573, el cual proclamó capital del Campo de Montiel a Villanueva de los Infantes (Relaciones de Felipe II). Sin embargo, en la edición del mapa de Sancha (1777) vuelve a establecerse que el Campo de Montiel llegaba hasta el límite de la Mota del Cuervo.

Según Madoz (1806-1870), en sus definiciones de La Mancha y del Campo de Montiel hasta el siglo XVI, establece que el Campo de Montiel pasaba por Alcázar de San Juan y la Mota del Cuervo y que ahí se situaba la frontera de demarcación, todo lo que nos hace suponer que Cervantes conocía perfectamente las antiguas demarcaciones, por eso con razón nos dice que don Quijote “comenzó a caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel (I, I).

Teniendo en cuenta que Argamasilla queda a unos 50 km. del Toboso y Villanueva de los Infantes a unos 90 km., vamos a ir reflexionando sobre las hipótesis establecidas por los analistas Escudero y Sánchez Duque, Muñoz Romero, F. Parra Luna y M. Fernández Nieto, y Manuel González Mujeriego.

Don Jesús Muñoz Romero (2001, p. 33), al especificar el término de Quero como el “lugar” idóneo, lo define como aldea o pueblo pequeño y el Diccionario de la Real Academia añade “población pequeña en tierra de labranza”. Por lo tanto, se trata de un “lugar” pequeño, ubicado en los pueblos de lo que fue el Común de La Mancha en tiempos de Cervantes y muy próximo al Toboso.

En un radio de unos 20 ó 25 km. alrededor del El Toboso se encontraban: al norte de El Toboso: Villamayor de Santiago, Villanueva de Alcardete, Villa de don Fadrique, La Puebla de Almoradiel y Los Hinojosos. Al sur: Alcázar de San

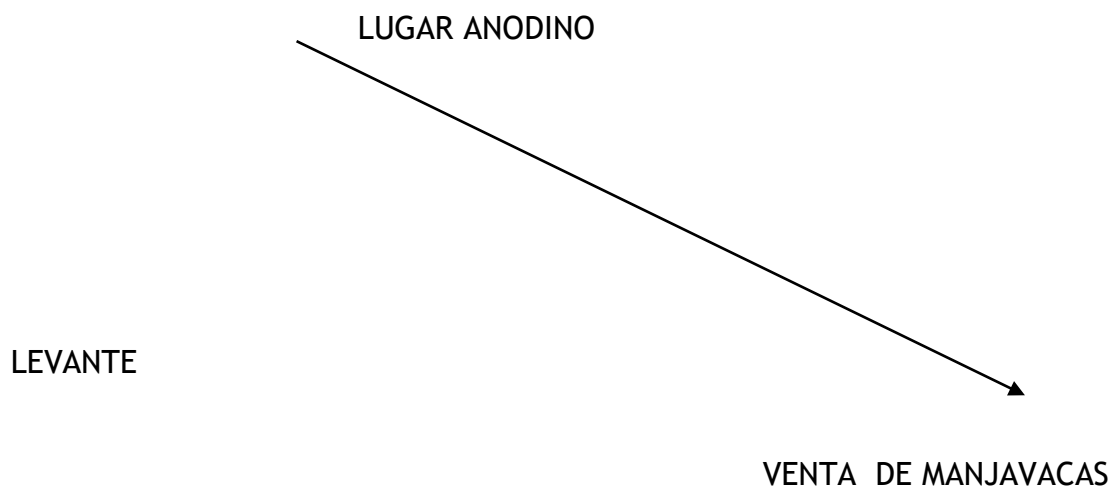
Juan, Campo de Criptana, Pedro Muñoz y Las Mesas. Al este Mota del Cuervo y el Pedernoso y al oeste: Quero, Miguel Esteban y El Quintanar de la Orden.

El Quintanar de la Orden es uno de los lugares protagonistas en la obra de Cervantes, tanto en *El Quijote* como en *El Persiles* (II,74). Es un pueblo situado a una legua del Toboso y capital de la Gobernación. En los alrededores de esta villa sucede la aventura de Andresillo, azotado por Haldudo el rico, vecino del Quintanar. Este personaje existió realmente y su apellido era originario de la Mota del Cuervo y muy posiblemente fuera dueño de un encinar, el llamado Encinar de Haldudo donde probablemente don Quijote encontró a Andresillo. Y, asimismo, al final de la obra, en el último capítulo, cuando se menciona que el bachiller compra unos perros para cuidar el ganado, se explicita también que son del Quintanar. Sin embargo, Alcázar de San Juan, Argamasilla de Alba y Quero pertenecían al Campo de San Juan, cercanos al Campo de Montiel, pero no eran pueblos pertenecientes al Común de La Mancha dentro de la Orden de Santiago.

El Quintanar de la Orden es uno de los lugares protagonistas en las obras de Cervantes, tanto en *El Quijote* como en *El Persiles* (II, 74). Y recordemos que don Quijote rescata a Andresillo, azotado por Haldudo el rico, vecino del Quintanar. Asimismo, estando en Quintanar, los peregrinos del *Persiles* deciden ir a Valencia pasando por un lugar de cuyo nombre dice el narrador que “no se acuerda”. Haldudo existió realmente y su apellido era originario de la Mota del Cuervo y muy posiblemente fuera dueño de un encinar, el llamado Encinar de Haldudo donde probablemente don Quijote encontró a Andresillo. Y, asimismo, al final de la obra, en el último capítulo, cuando se menciona que el bachiller compra unos perros para cuidar el ganado, se explicita también que son del Quintanar. Sin embargo, Alcázar de San Juan, Argamasilla de Alba y Quero pertenecían al Campo de San Juan y no eran pueblos pertenecientes al Común de La Mancha dentro de la Orden de Santiago. Tal vez con razón nos dice el narrador que don Quijote “comenzó a

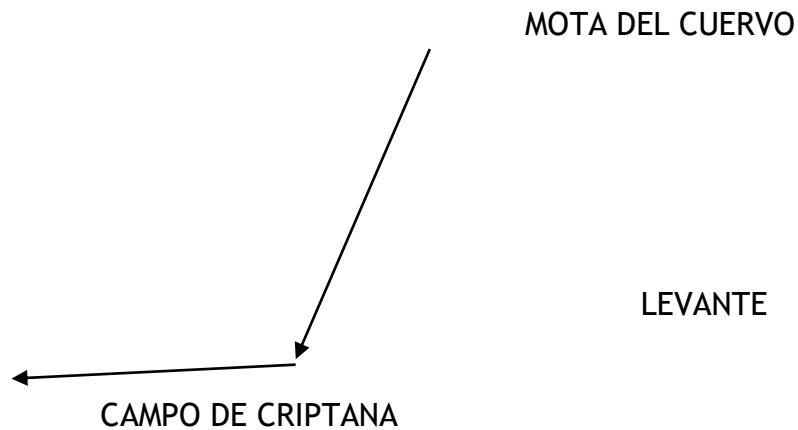
caminar por el **antiguo** y conocido Campo de Montiel (I, I), dirigiéndose obviamente hacia el este porque los rayos de sol le molestan de cara y llega extenuado a la venta, como dice el texto:

[...] Con éstos iba ensartando otros disparates... caminaba tan despacio y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino en Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los *Anales de la Mancha*, es que él anduvo todo aquel día y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre...vio, no lejos del camino una venta...Diose priesa a caminar y llegó a tiempo que anochecía (1,2).

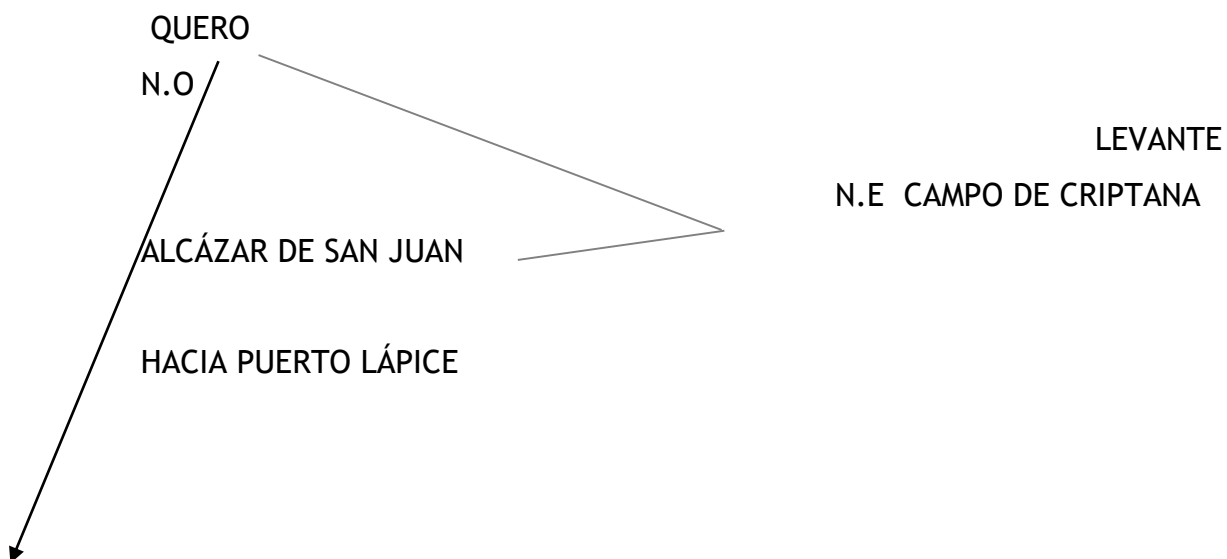


Como sabemos, don Quijote y Sancho salen de noche y, cuando amanece, dice el narrador que el sol les da “de soslayo”. Si viajaran de nordeste hacia el sudeste, hacia el Campo de Criptana, el sol les daría de soslayo:

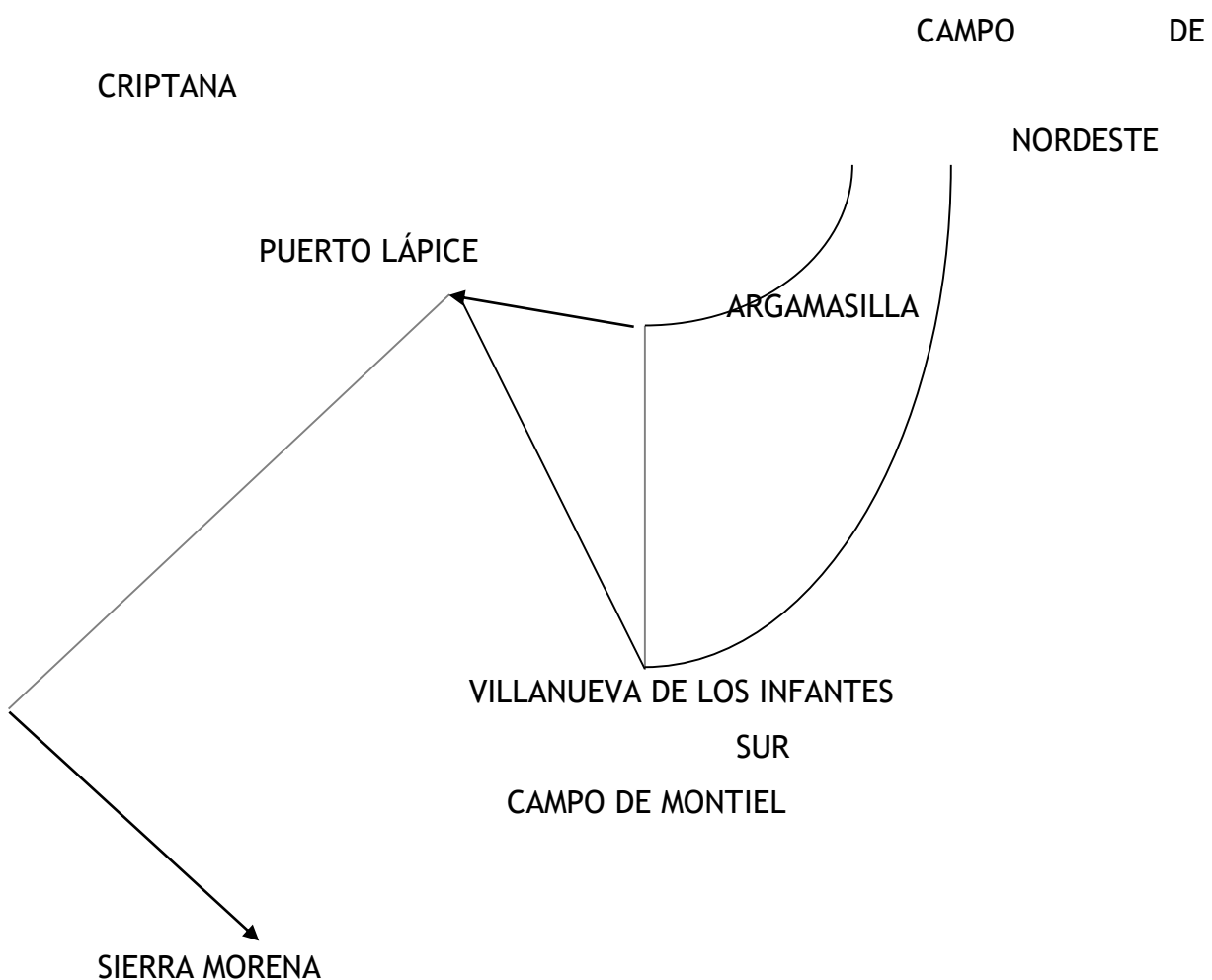
[...] Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque, por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos de sol, no les fatigaban (I, VII).



Si viajaran desde el noroeste, desde Quero o Alcázar de San Juan, hacia el nordeste (Campo de Criptana, donde estaban los molinos antiguamente), el sol les pegaría de frente y no es lo que dice el texto; si lo hicieran hacia Puerto Lápice les daría el sol de soslayo:



Si lo hicieran desde Argamasilla de Alba o Villanueva de los Infantes hacia el nordeste, es decir hacia Campo de Criptana, sol les daría obviamente de soslayo aunque darían una vuelta enorme. Si fueran a Puerto Lápice, el sol les daría de ligero soslayo, casi de espalda:



A pesar de que no queremos posicionarnos por ninguna teoría respecto a un lugar concreto porque defendemos la atopía del lugar como recurso literario o

tópico propiamente caballeresco, el viaje más lógico sería el de norte a sur y la venta más cercana, en la que es nombrado caballero andante don Quijote, bien pudiera ser la de Manjavacas, aunque, obviamente, eso no es relevante en el texto cervantino, y bien pudiera ser cualquiera de las muchas ventas que se hallaban en La Mancha para hospedaje de los viajeros que se trasladaban de Toledo a Murcia o que iban en dirección a Andalucía. Las ventas eran también los lugares donde se cobraba el portazgo y se registraban en el libro de cuentas el pago de dichos diezmos. Recordemos que el ventero saca un libro “donde se asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros” (I, 3) y que bien podría ser el de los registros del pago del portazgo. Así pues, siguiéndole la veta a don Quijote, le nombra caballero andante haciendo ver que recita el formulario del ceremonial caballeresco con su correspondiente pescozada y espaldarazo (I, 3).

De otro modo, si el profesor Parra Luna defiende por medio de su “sistema de tardanzas” (Apéndice, Figura 3, 2005-2009) que fue Villanueva de los Infantes el lugar de La Mancha de donde partió don Quijote, no sería verosímil el encuentro habido con el caballero del Verde Gabán, Diego de Miranda, a quien obviamente debería conocer don Quijote si fuera vecino de Villanueva. Si el punto de salida y el lugar hubiera sido Villanueva de los Infantes, bien raro sería que ambos caballeros no se conocieran y que el del Verde Gabán invitara a Don Quijote a su casa durante cuatro días. La gente de los pueblos suele conocerse. Y además, el encuentro se produce en el transcurso de la tercera salida, después de un buen trozo recorrido desde El Toboso hacia el sur de La Mancha y de su mal encuentro con “Dulcinea”.

Por otra parte, Villanueva de los Infantes es un pueblo grande y monumental, con más de 5.000 habitantes de hidalgos, clero y pueblo llano de campesinos y labradores, que fue centro del Campo de Montiel según *Las Relaciones de Felipe II*, en 1575, y que no pertenecía al Común de La Mancha. Y efectivamente, Cervantes insiste en que don Quijote encuentra la casa de

don Diego grande y amplia, una casa espaciosa, propia de los hidalgos, con escudos y blasones en las fachadas de las casas:

[...] Halló don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas, empero, aunque de piedra, tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega, en el patio, la cueva, en el portal, y muchas tinajas a la redonda, que por ser del Toboso, le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea... (II-XVIII).

Asimismo, el narrador nos dice que el lugar indeterminado tenía un cura, un barbero y un bachiller, por tanto se trataría de un pueblo más pequeño y que pertenecía al Común de La Mancha, cerca de los límites del antiguo Campo de Montiel, con jurisdicción en primera instancia y Picota o Rollo de Justicia, como afirma Teresa Panza: “un rayo cayó en la picota, y allí me las den todas” (II, LII). Según afirma José Manuel González Mujeriego, el 19 de marzo de 1614, el rey Felipe III concedió la Picota a Mota del Cuervo. Por otra parte, se conoce que toda esta zona Norte agrupaba los pueblos del Común de La Mancha aledaños al Camino de Toledo a Murcia y que eran los puertos secos o lugares donde se cobraba el portazgo de paso (SÁNCHEZ DUQUE; ESCUDERO BUENDÍA, 2014, p. 94). El Toboso, La Mota del Cuervo, Manjavacas, Socuéllamos, Osa de Montiel y Puerto Lápice fueron, pues, lugares de portazgo y suponen un movimiento económico que nutría la economía el rural y comercial a través de ventas, mesones y encomiendas que se encontraban en caminos, veredas y cañadas reguladas por la Orden de Santiago, de cuya actividad era buen conocedor Cervantes que se movió por ellas mientras desempeñó el cargo de alcabalero real.

En conclusión, estamos cumpliendo estupendamente las expectativas del texto sobre la discusión del lugar y esto es interesante para una teoría de la recepción del texto cervantino. Todas y cada una de las razones y sinrazones teóricas aportadas por los investigadores que lo han estudiado con

documentos históricos, culturales, geográficos y cartográficos, dimensionan la perspectiva textual y esto es importante porque agranda la perspectiva de la recepción universal del texto y propicia el fomento de la obra no sólo como patrimonio cultural de La Mancha, sino de la humanidad entera. La libertad humana, basada en el principio de verdad y con el soporte de los valores ecuménicos del cristianismo, permite descubrir al hombre lo que es, a pesar de los prejuicios sociales.

Aún así, no olvidemos el valor literario del mito de don Quijote como uno de los mitos de la modernidad y el valor de la obra de Cervantes como parodia del género caballeresco, desgastado ya por uso y abuso.

Amparándose, pues, en los tópicos que le ofrece el libro de caballerías y la tradición literaria de la narrativa tardío-feudal y renacentista, Cervantes crea, desde la parodia, una nueva perspectiva del arte de novelar que supone la asunción de nuevos parámetros éticos, estéticos, sociales y políticos dentro del marco de la realidad histórica y contextual, lo que le lleva a vislumbrar los nuevos engranajes del mundo moderno dejando los atavismos feudales y culturales enterrados ya en los ancestros del pasado.

Referencias:

AUCASSIN y Nicolette. Edición bilingüe de Victoria Cirlot. Barcelona: El Festín de Esopo, 1983.

AUCASSIN y Nicolette. Edición crítica y anotada de Jean Dufournet. Paris: Flammarion, 1984.

CASALDUERO, Joaquín. *Sentido y forma del Quijote*. Madrid: Insula, 1975.

DE RIQUER, Martín. *Cervantes en Barcelona*. Barcelona: Cuadernos del Acanilado, 2005.

DE RIQUER, Martín. *Para leer a Cervantes*. Barcelona: El Acanilado, 2003.

- ÈTIENVRE, Jean Pierre. La Barcelona de don Quijote. In: CONGRESO Cervantes: El *Quijote* y Barcelona. Barcelona: [s.ed.], 7-IV-2005.
- GARCÍA ESPUCHE, Albert. Barcelona 1610: “Ciudad regalada”. In: EL QUIJOTE y Barcelona. Barcelona: Lunwerg, 2005.
- GONZÁLEZ MUJERIEGO, J. M. *Lo que Cervantes calló*. Madrid: Cultiva, 2014.
- LUKÁCS, G. *Teoría de la novela*. México: Grijalbo, 1985.
- MARAVALL, J. A. *Utopía y contrautopía en el Quijote*. Santiago de Compostela: Pico Sacro, 1976.
- MUÑOZ ROMERO, J. *La única y verdadera ruta de don Quijote*. Toledo: Ledoria, 2001.
- PARRA LUNA F.; FERNÁNDEZ NIETO, M.; BOSQUE SENDRA, J. (Coord.). *El enigma resuelto del Quijote. Un debate sobre el lugar de la Mancha*. Alcalá: Universidad de Alcalá, 2009.
- PARRA LUNA, F. *El lugar de la Mancha... El Quijote como un sistema de distancias/tiempos*. Toledo: Ledoria, 2005.
- ROMÁN ALHAMBRA, L. M. *Villanueva de los Infantes no es el lugar de Don Quijote*. Disponível em: <https://alcazarlugardedonquijote.wordpress.com/2012/05/12/villanueva-de-los-infantes-no-es-el-lugar-de-don-quijote/>. Acesso em: 2 mayo 2015.
- RUIZ DOMÉNEC, J. E. *La novela y el espíritu de la caballería*. Barcelona: Mondadori, 1993.
- SÁNCHEZ DUQUE, I.; ESCUDERO BUENDÍA, F. J. *Manjavacas, la venta del caballero*. Guadalajara: Aeche, 2014.

Recebido em: 23 de outubro de 2015
Aprovado em: 24 de janeiro de 2016

APÉNDICES

Figura 1:
EDADES DE LA VIDA. RESCATAR LA EDAD DE ORO.

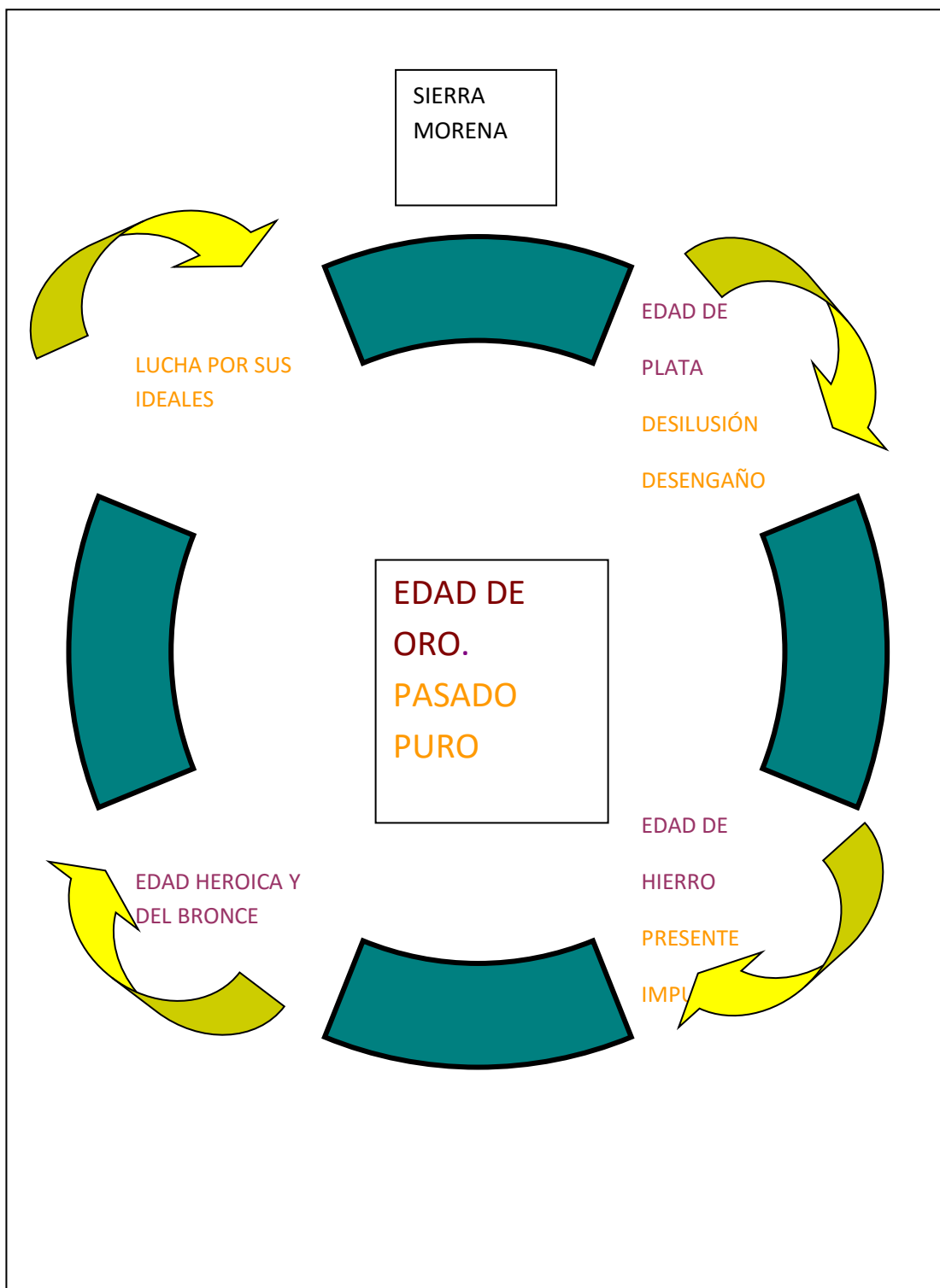


Figura 2:
MAPA DEL CARTÓGRAFO TOMÁS LÓPEZ 1780.
ARGAMASILLA DE ALBA.

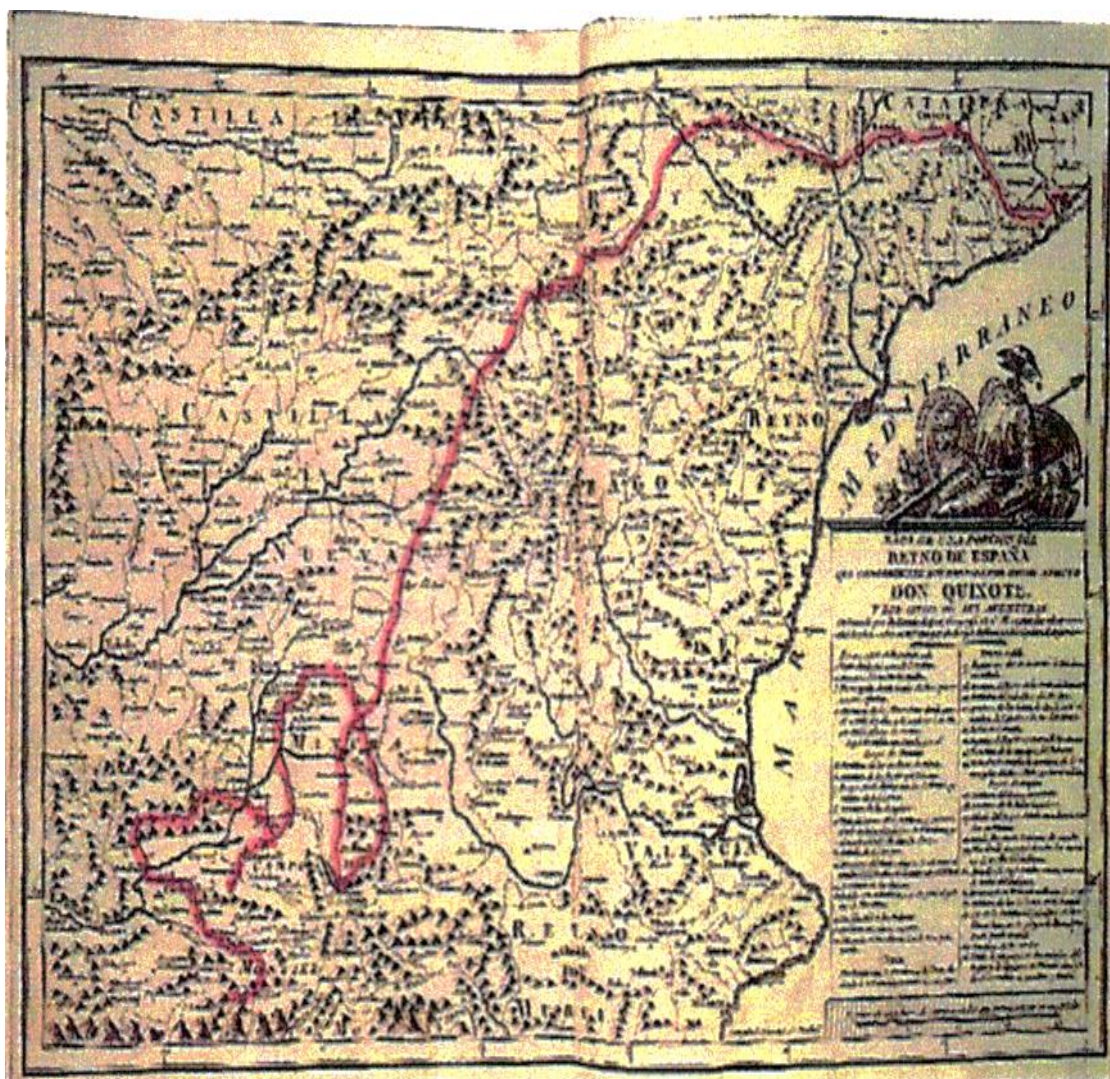


Figura 3:
TEORÍA DEL PROFESOR PARRA LUNA.
SISTEMA DE TARDANZAS

